

# EL ECO DE ESPAÑA.

PERIÓDICO MODERADO.

MADRID.—Domingo 10 de Marzo de 1872.

NUM. 637.

AÑO III.

## LA ÚLTIMA ESCENA DEL DRAMA REVOLUCIONARIO.

Los grandes ejércitos van a combatir con vigoroso empuje en el campo electoral, compuestos ambos de diferentes agrupaciones, y formando masas considerables de soldados, resueltas a triunfar o morir en la demanda.

En uno de estos dos ejércitos, en el ejército ministerial, la bandera de la revolución es la que guía a los combatientes a la pelea. Bajo los pliegues de esta bandera se han agrupado, por el interés del botín, mas bien que por amor a la causa, soldados de distintos cuerpos. Progresistas históricos, demócratas acomodados, sagastinos videntes, frontizos revoltosos, unionistas audaces, y varios otros políticos egoístas y especuladores, sin filiación conocida, constituyen el ejército ministerial.

Sus soldados, así veteranos como reclutas, pertenecen todos a la bandera de la revolución; por mas que haya numerosos grupos que reniegan del todo o de parte de ella; y, en cuanto a su dinastismo, es puramente platónico y de conveniencia, como lo es, en general, el de todos los revolucionarios.

Entre gentes de tan distintos orígenes, principios y caracteres, hay, sin embargo, un estrecho lazo que los une, no lazo de amistad, sino de interés; no de razón ni de sentimiento, sino de cálculo y de estómago. Maledicentes y maledicidos, perseguidores y perseguidos, verdugos y víctimas, se concertaron para asaltar el alcázar del presupuesto; y, aunque se odien entre sí cordialmente, en el festín donde todos comen y beben aparecen amigos estrechos y leales.

Si compromisos de bandería, ó recuerdos de antiguas rivalidades, ó recelos de lo presentado desconfianza del porvenir, producen en la familia ministerial de tan diversas castas tal cual discordia por distribución de distritos ó de posiciones oficiales, el temor del peligro los une y estrecha a la vista del enemigo común; y marchan juntos al combate electoral bajo la bandera que llaman unos progresista y que denominan otros conservadora de la revolución.

La inmutabilidad de este consorcio político indecoroso, donde para nada figuran la lealtad, la abnegación y el patriotismo, ha experimentado el mercado castigo en esa guerra implacable que, desde distintas posiciones, y con diferentes banderas se ha levantado contra el bando ministerial, y que va a desplegar todas sus armas de combate en el campo agitado de las próximas elecciones.

Luchan en este ejército numerosas y agguerridas huestes, con diversos pendones, desde el republicano rojo, que solo representa libertades, federaciones y autonomías, hasta el absolutista, que no consiente ni aun la duda sobre las decisiones del monarca, convirtiéndolo en un ídolo, rodeado de siervos humildes, rendidos a sus plantas.

Todos estos políticos, de tan distintas procedencias y aspiraciones, están, sin embargo, conformes en un propósito; derribar una situación, que solo representa en política el desmoronamiento, la ambición y el egoísmo; conservando cada partido sus doctrinas, y sus elementos y recursos para rearmarse. No juzgamos aquí la combinación; referimos simplemente el hecho, para deducir de él como del respectivo a la alianza ministerial, las consecuencias que han de resultar forzosamente contra la revolución de Setiembre, cualquiera que sea, según ya digimos en el anterior artículo, el éxito de la campaña electoral.

Sentamos hipótesis sobre las varias soluciones que puede ofrecer el curso de los sucesos.

Supongamos que de la oposición logran prevalecer en la contienda los elementos más avanzados de la revolución.

En este caso, en la prensa, en las Cortes, en las reuniones, en los clubs revolucionarios y en todas partes, la guerra sería empeñada y terrible, y querría Dios que no fuera sangrienta.

En esta lucha de tan furiosos elementos, la obra de la revolución acabaría de hacerse odiosa para los pueblos, y se desmoronaría estrepitosamente, combatida por sus propios autores.

Si el triunfo fuese de las huestes ministeriales, no sería menos desastroso el éxito para la revolución. Las iras de republicanos y radicales contra los políticos revolucionarios, que a favor de la victoria electoral pretendían consolidarse en el mando, tomarían proporciones terribles y pavorosas.

Ya se entiende que, en la hipótesis de la victoria ministerial, sobre la que vamos discurriendo, los soldados de diferentes banderas y banderines que componen este ejército de transiugas, renegados y aventureros, no tendría vigor bastante para contener el empuje de sus enemigos los opositores revolucionarios, ni para sostener el edificio, cuyos verdaderos autores son los republicanos y los radicales, que lo han construido con los materiales tomados del arsenal de sus doctrinas.

No hemos hecho mérito, porque no entra hoy en nuestro propósito, de los políticos antirevolucionarios y antidinásticos, entre los que nos contamos para combatir la obra de la revolución después de las elecciones, como lo hacemos en la actualidad, cualquiera que sea el resultado de aquellas.

Los amigos del orden y de la justicia empleamos contra la revolución las armas poderosas del raciocinio, de la doctrina y del sentimiento; pero hay otras mas eficaces y destructoras todavía, las armas de la discordia intestina que arde en el seno de la familia revolucionaria; y estas armas, por una ley providencial constante en el mando, derriban el alcázar de la iniquidad y del error y nos darán el triunfo.

Las obras levantadas por la ambición, la deslealtad y la envidia, suele destruir las discordias, como no es posible mandar todos a un tiempo, los que formaban ayer familia se hostilizan hoy y se despedazarán mañana unos a otros.

Esperamos, pues, la salud de nuestros propios enemigos.

Esta será nuestra mejor victoria y nuestra generosa venganza.

## LOS MINISTERIALES EN LAS TABLAS.

Al fin los ministeriales han salido a las tablas: el teatro del Circo fué el escogido para lucir sus facultades los nuevos artistas. La generalidad de la compañía y de la comparsa habia recibido puntualmente su paga el día primero del mes: se trataba, pues, de trabajar en regla para agradar al empresario y continuar cobrando.

Los periódicos de la situación se entusiasman oficialmente y describen la reunión de anteañoche con la viveza de quien trata de un asunto del mayor interés; pretenden animarse los unos a los otros y al efecto promueven una algarazara, que es la diversion de todos los curiosos observadores. En lo que están inimitables es en elogiar con las mas pomposas frases al general Serrano; a aquel mismo general Serrano de quien tantas y tan buenas cosas han dicho en mil ocasiones.

El caso no es para menos. Dijo el general... pero antes de repetir lo que, según verdaderos cronistas dijo el señor duque de la Torre, será conveniente describir el efecto que produjo en el auditorio la presentación magnífica de este gran actor y primer barba, ante el respetable público que se disponía a escucharle. *La Iberia*, que describe la función, es la que habla y dice:

«La reunión presentaba un aspecto magnífico: un lleno completo, en el que todas las clases de la sociedad estaban representadas, demostraba las grandes simpa-

ñas con que cuenta la política del Gobierno, y el orden que en todas las puertas y avenidas del teatro reinó durante la reunión puso de relieve que el gran partido liberal sabe realizar todas sus manifestaciones con la majestad de un pueblo libre.

La comisión se retiró a cumplir su cometido.

La concurrencia entónces pidió al señor duque de la Torre que hablase.

El vencedor de Alcolea se levantó descubriéndose dirigiéndose al proscenio.

Un grito unánime pidiendo al esclarecido patriota que se cubriera salió de todos los labios. El señor duque con la caballerosidad que le distingue, y rindiendo un tributo de homenaje a la majestad del pueblo, representada allí por gran parte de los electores de Madrid, no accedió a la petición de los que en el ven una de las primeras figuras de la gloriosa revolución de Setiembre.

El ex-regente del reino comenzó en brillante improvisación recordando el juramento hecho sobre el cadáver del malogrado cuanto heroico general Prim. «Sobre él», dijo el general Serrano, «juré defender siempre la revolución, defender la libertad y defender la dinastía, la gloriosa dinastía que ocupa el trono, y ni he faltado ni faltaré jamás a este juramento».

Las nobles, levantadas y correctas frases del general Serrano fueron recibidas con una salva de aplausos.

Como se ve, hubo un lleno completo, los actores fueron aplaudidos y la función nada dejó que desear.

*La Iberia* dice que el vencedor de Alcolea (?) se levantó descubriéndose y dirigiéndose al proscenio; un grito unánime (de los subalternos) pidió al duque que se cubriera, pero que rindiendo un tributo de homenaje a la majestad del pueblo, no accedió a la petición.

Como se conoce que no es el pueblo el que ha dado al general Serrano el Toisón de oro y la gran cruz de España, por cuyos dos conceptos puede estar cubierto ante la majestad; y ¡qué pobreza de inventiva revela el hecho de descubrirse ante la majestad del pueblo, después de haber sucedido lo mismo en otra ocasión muy parecida! El general Serrano, de quien hemos dicho que tiene el toisón, que permite estar cubierto delante de la majestad, no se descubría la cabeza ante la majestad del pueblo el 22 de Junio de 1866, a cuya consecuencia le concedía otra majestad aquella alta distinción. La escena del teatro del Circo, al adelantarse al proscenio, fué esencialmente ridícula y solo pudo ser aplaudida, siendo el lleno completo de los que en lenguaje de teatro se llaman alabar-deros.

Lo más cómico del asunto fué el principio de la improvisación, como la llama uno de los periódicos ministeriales: ese principio, según el cronista de *El Imparcial*, fué de una sencillez bíblica y de un candor inimitable. «Yo siempre hago lo contrario de lo que pienso». En seguida dijo que habia jurado sobre el cuerpo de Prim, defender siempre la revolución, la libertad y la dinastía que ocupa el trono y que «ni ha faltado ni faltará jamás a este juramento». Según las mismas palabras del general, cuando juró sobre el cadáver del general Prim, (cosa hasta ahora no sabida por nadie) ó no pensaba en jurar ó se proponía hacer lo contrario de lo que juraba: según esas mismas palabras, ó al decir que no faltaría al juramento pensaba en faltar; ó si pensaba en cumplirle, de seguro se dispone a hacer lo que hizo en 1866. Es la única manera, en uno y otro caso, de hacer lo contrario de lo que piensa.

También dijo que tenía por enemigos a los que lo son de la actual situación ó sea de la legalidad actual: no hay que olvidar que el general Serrano, según confesión propia, hace lo contrario de lo que piensa: en 1843 era muy progresista y pensando en defender a Espartero, le colmó de improperios, le destituyó de su cargo de regente y le despojó de todos sus títulos y condecoraciones: en 1868, siendo muy realista de don Isidro II y después de haberle jurado fidelidad por la santa Cruz

y sobre los santos Evangelios, juramento más augusto que el que se pueda hacer sobre el cuerpo de un muerto; vino a Cádiz y Alcolea y a Madrid, como y para lo que es inútil recordar. No hay que culparle por ello: pensaba precisamente en todo lo contrario; pero esa fatalidad que le obliga a proceder siempre automáticamente, hizo que saliese todo al revés de lo que habia pensado: el general Serrano, hay que hacerle esta justicia, piensa siempre bien; pero le persigue la fatalidad: casi sería preferible que pensara siempre mal.

El general dijo que si peligraba la revolución y hubiese una catástrofe, al menos todos los hombres sensatos reconocerían que el Gobierno y sus amigos, cumpliendo con su deber, habrían sido dignos hasta el último momento de sus tradiciones liberales y de la patria de Padilla y de Maldonado. Parece que el duque no las tiene todas consigo acerca de la duración de la obra revolucionaria, cuando ya se recomienda al juicio benévolo de los hombres sensatos y de la posteridad, como víctima de su consecuencia política.

Eso de que el general Serrano y sus amigos sean dignos de sus tradiciones liberales, tiene su miga no fácil de digerir: desde lo de Torrijos hasta lo de 1866, pasando por 1843, hay tradiciones capaces de poner de punta los cabellos al más entusiasta liberal. Lo de la patria de Padilla y Maldonado, hemos de dejarlo por ahora a la mano derecha y un poco apartado hacia la espalda: a Padilla, a Maldonado, a Juan Bravo y a la historia no se le puede levantar falsos testimonios: los Comunes se alzaron en armas contra la influencia extranjera y contra la usurpación de ciertos puestos por los flamencos: si hoy viviesen se vería lo que decían acerca del enjambre de italianos que hay aposentados en la calle de Bailén. Tratándose de ciertas cosas no hay que nombrar ni a Padilla ni a las Comunidades.

El general Serrano dijo que habrían sido dignos de Padilla y Maldonado hasta el último momento. Poco a poco! La profecía es lúgubre: por lo que hace a los amigos reunidos en el Circo, se hallarán conformes en ir con los modernos Padillas hasta Villar: pero en seguirlos hasta el último momento, de seguro que no hay uno que se halle conforme. No creíamos que le hubiese impresionado tan extraordinariamente una cruel y repulsiva parodia de cierto célebre cuadro: por fortuna, el general ha dicho que siempre hace lo contrario de lo que piensa y esta seguridad puede tranquilizarle.

*La Iberia*, entusiasmada con el discurso del duque de la Torre, le llama «nuestro respetable amigo». Será amigo, muy amigo de *La Iberia*; pero debe de ser respetable para el periódico progresista; debe infundirle respeto: desde que los amigos del duque se llevaron las llaves de su imprenta en 1866, *La Iberia* debe de respetar mucho al general Serrano. Para nosotros, si fuésemos sagastinos, sería mucho más respetable desde que se le escapó la célebre frase de que siempre hace lo contrario de lo que piensa, porque es para infundir respeto aun al más decidido ministerial.

## NUESTRA POLÍTICA.

Aunque no fué nuestro ánimo suscitar inoportunas y acaso enojosas polémicas con la prensa carlista al publicar el artículo que llevaba por epígrafe «Suposiciones», y que ha sido calificado de artículo-proclama por *El Pensamiento Español*, un deber de cortesía al que nunca faltamos y menos con quien tanta justicia nos hace, y tanta benevolencia nos dispensa, nos obliga a hacer algunas aclaraciones y a rectificar algunos errores respecto a los puntos que el expresado colega toca ligeramente en el artículo que ha publicado contestando al nuestro.

Lo que más nos importa rectificar, y es lo que principalmente motiva esta réplica, es el error que

MADRID, Administración y Redacción de este periódico, calle de la Visitation, 8, 2.<sup>o</sup>

EXTRANJERO.—París, para suscripciones y anuncios O. A. Savvra, rue Taitbout, 55.—Para suscripciones también, librería de E. Denne Schütz, rue Favart, 2.

Londres, para anuncios y suscripciones, C. A. Saavedra, 1, Cecil Street Strand.

En Madrid la suscripción se abonará en efectivo. Las de provincias del propio modo, ó por libranza del Giro muto, ó sellos de correos, y también por letras de exacta realización a favor de la Administración; de esta última manera, ó bien haciendo el abono en efectivo, se servirán las suscripciones en Ultramar.

El importe de las suscripciones que se envían por cualquier clase de giros, se suplica que sea en carta certificada.

—El compromiso editorial no admite excepciones.

encierran estas palabras de *El Pensamiento Español*. «Le creemos a (*El Eco de España*) sinceramente católico, aunque con las preocupaciones y resabios de la escuela liberal».

Está equivocado nuestro colega y esperamos que rectificará su juicio ante nuestra ingenua y terminante declaración. Somos católicos, apostólicos y romanos, tanto como el que más, y no tenemos ni podemos tener en este punto resabios ni preocupaciones de escuela, porque como hijos sumisos y obedientes de la Iglesia, creemos y acatamos cuanto define y acuerda con su criterio supremo é infalible.

Hecha esta declaración, pasemos a otro punto. Tiene mucha razón nuestro colega al decir que el objeto de nuestro anterior artículo, así como el de todos nuestros escritos y acciones, va encaminado a atraer a la noble causa que defendemos a todos los que de buena fé se interesan por el bien moral y material de esta patria infortunada, víctima hace tiempo de los delirios revolucionarios.

Nuestra política es de atracción, buscamos afinidades no antagonismos, que hartas discordias, fraccionamientos y rivalidades ha producido el malhadado motín de Setiembre.

Aspiramos a obtener el concurso de todos los hombres honrados, de todos los buenos católicos, de todos los que se interesan por la dignidad de la patria, y por el vigoroso sostenimiento de los principios salvadores sobre que descansa la sociedad profundamente conmovida en sus cimientos por un poder usurpador y bastardo y por una demagogia desenfrenada y corrompida.

Y siendo esa nuestra política, nuestra esperanza y nuestra constante aspiración, ¿cómo no hablamos de desear atraer a nuestro campo a todos los monárquicos que por espacio de cinco lustros han vivido en paz y armonía con el partido conservador, bajo el sólo de la augusta reina Isabel, que han disfrutado como los demás españoles de los dones de su proverbial munificencia, y que han compartido acaso el poder con los hombres de otros partidos?

Seríamos unos insensatos si cuando todos debemos unir nuestras voluntades y comunes esfuerzos para salvar la patria, hiciéramos política de intolerancia, de repulsió y de aislamiento, y si reconociendo la buena fé y el patriotismo de la generalidad de los afiliados al bando carlista y a otros partidos nacionales, renunciáramos a su eficaz concurso y nos priváramos de su importante y patriótica cooperación.

No debemos, no podemos seguir otro rumbo que traería consecuencias funestas al país, y vendría a contrariar los nobles sentimientos y firmes y generosos propósitos del excelso príncipe cuya legitimidad reconocemos y defendemos.

En este punto estamos conformes todos los que sostenemos la causa del derecho y de la legitimidad, y no hay, no puede haber disidencias, porque todos caminamos a un mismo y noble fin y obedecemos a un mismo principio, deseando que todos los monárquicos españoles, inspirándose en el sentimiento del bien de la patria, se unieran a nosotros para defender la religión de nuestros padres, el trono con tanto heroísmo sostenido por nuestros mayores, y la dinastía del augusto ahijado del inmortal pontífice Pío IX.

Cuando tantos y tan sagrados vínculos nos unen, ¿es justo, es conveniente y patriótico, que estemos separados en presencia del enemigo común?

Nadie mejor que los redactores de *El Pensamiento Español* pueden saber con cuanto amor, con cuanto magnanimidad, han sido siempre acogidos todos los carlistas, todos los españoles honrados y leales, sin distinción alguna, en el regazo de la dinastía legítima, para la cual no hubo jamás odios, resentimientos ni prevenciones, sino tesoros de bondad, de abnegación y olvido completo y ab-

## FOLLETIN.

### EL PADRE VEITIA.

leyenda original de

DOÑA ROBERTIANA ARMIÑO.

(CONTINUACION)

Situado en la pendiente de la montaña; la fachada principal, decorada por una mezquina porteria, correspondía a la parte mas elevada, resultando de aquí que el piso bajo de entrada es el principal en la parte posterior del edificio, que es la que da sobre el río.

El P. Veitia hizo ver a sus huéspedes la sala capitular, la biblioteca y los cuatro claustros que formaban el principal, sostenidos por una preciosa galería gótica de yeso bruñido, y cuyas paredes estaban cubiertas de sentidos salmos y bellas sentencias.

Por detrás de estos claustros corría una doble galería interior, en la que se hallaban situadas las celdas.

El P. Veitia abrió de par en par la puerta de la suya, señalada con el número 20, exclamando con juvenil alegría:

—«Esta es mi celda, amigo mío! Esta es mi celda».

Narciso abrazó entonces con una sola mirada aquella pobre y aséptica habitación, decorada con todo el aseo y desahogo que imponían a sus hijos las rigurosas constituciones de los carmelitas descalzos.

Una tosca trama de pino negro completamente desnuda, era el lecho en que aquellos hijos de la penitencia se entregaban los tres horas al descanso, para despertarse de nuevo a una vida de cilicios, oraciones y ayunos.

En la pared que servía de testera, se veía pintada en

negro una Virgen del Pópulo, completando el mueblaje una pobre y estrecha mesita de pino, colocada junto a la ventana, sobre la que se veía un Crucifijo groseramente dibujado en la pared.

Encima de la mesa se veía un reloj de arena, un tintero de cuerno, las obras de Santa Teresa de Jesús y el libro de la Regla.

—«Esta es mi celda», repitió el P. Veitia, señalando a nuestros viajeros dos groseros taburetes de pino, únicos asientos que podía ofrecerles en su pobreza; la celda donde sufrió todas las luchas de la espíritu con la materia, luchas que cubrieron de dolorosas arrugas una frente joven todavía, y que inundaron mis párpados de lágrimas... hoy, hermanos míos, no puedo ya llorar... mis ojos ven un día tras otro morir el sol al través de los pinos del desierto y brillar en el cielo las primeras luces del alba, con una tranquilidad impasible.

Rotos ya todos los lazos que me unían a la tierra, mi alma, sostenida por la fé, aguarda con afán el momento en que el espíritu, libre de las trabas de esta naturaleza mortal, logre al fin remontar su vuelo hacia las regiones donde brilla la eterna luz.

—«Morir! exclamó Narciso estrechando convulsivamente la mano de aquel hombre, que habia llegado apenas a la mitad de su existencia, ¡morir! ¿Es posible, padre, que desees de veras la muerte?»

—«Oh, hijo mío! exclamó el P. Veitia estrechando a su vez la mano de Narciso, ¡qué felicidad puede yo esperar en un mundo, donde la muerte sorprende impíacable al esposo en brazos de la esposa, y al hijo en el regazo de su madre?»

—«Ni ojos vieron, ni oídos oyeron, ni corazón humano acertó a desear los bienes que Dios tiene preparados a los que le aman.» (1)

La campana del Monasterio vibró entonces en el espacio, llamando a los monjes al refectorio.

(1) San Pablo.

—«Repasos nos jura al tallo: Jamás el por de malicia; Confronta el d'ant de roses; Le nure q' un cano au dot; Jamás d' une tentes belle; Le front ray onnat de malin; Jamás d' un oeil perran d' aulace; Le que contrainit plus d' espere; Qui nous en ouvrait le dessein».

(A. de Lamartine).

El refectorio, situado en el piso bajo, era una gran sala, oscura y triste, en cuyo frente se veía un gran crucifijo de madera de escaso mérito, y un púlpito donde uno de los hermanos más jóvenes leía durante la comida.

En derredor del Crucifijo se leían algunas sentencias de los Santos Padres, encaminadas a recomendar la santidad y la penitencia.

A pesar de ser ya cerca del medio día, el fulgido rayo del sol no habia regocijado con su lumbré las misteriosas y sombrías paredes.

Los carmelitas del desierto, proverbialmente hospitalarios y generosos, prodigaban a sus huéspedes todo el regazo compatible con sus austeras constituciones; pero Narciso no comía.

Silencioso, sombrío, fijos los ojos sobre el P. Veitia, cuya sencilla elocuencia ejercía sobre su espíritu la mas extraña fascinación, evitaba sin comprenderla toda la valentía de aquel hombre, que rodeado de una naturaleza magnífica, y teniendo ante sus ojos largos años de vida, suspiraba por la muerte.

Una voz juvenil que predicaba tranquilamente desde el púlpito la miseria de este terrenal mundo que llamamos vida y las grandezas de la eternidad, vino a herir con sus terribles palabras la sobrecogida imaginación del poeta, que levantando los ojos volvió enfrente de sí una puerta que comunicaba con la hospedería, y que completamente abierta dejaba ver la siguiente estrofa, escrita sobre la pared en grandes letras negras:

«La muerte, cuyo sonido Causa horror y desconuelo, Trae las cualitas Al que la tiene en olvido.

Para el justo siempre ha sido Alegre puerta del cielo».

—«Oh! pensó Narciso, casi trastornado por la fuerza de sus nuevas ideas; he aquí el enigma, he aquí el problema que en vano me esforzaba en resolver... Es un justo, un justo que no tiene ya para el mundo deseos ni aspiraciones... pero esto no puede ser tan solo obra del acaso, de la mera casualidad, no, hay aquí algo misterioso y desconocido que me impele hacia ese monje de una manera extraña».

Y el hermoso joven, pálido y calenturiento, salió del refectorio, apoyado, acaso sin saberlo, en el brazo del P. Veitia.

Antonio seguía detrás, conversando alegremente con el prior.

Llegados a la galería principal, los religiosos se dirigieron a sus celdas, donde permanecían ordinariamente encerrados hasta el primer toque de vísperas.

Al entrar de nuevo en la celda del P. Veitia, nuestros viajeros se inclinaron sobre el antepecho de la ventana, que dominaba un estenso y animado paisaje. El vivido rayo de un sol abrasador no habia logrado agostar la magistosa verdura que tapizaba la falda de la montaña, festoneada de frondosos emparrados sostenidos sobre centenares de columnas de yeso que ofrecían al monje y al viajero frescas y caprichosas grutas en las ardientes horas de la siesta.

Enfrente poderosas montañas con sus crestas de cuarzo y de granito, con sus gigantescos pinos, bosques impenetrables de sombría maleza, y allí en el fondo del abismo del Tajo. El Tajo, cénitola del desierto, con sus hervientes torbellinos, con sus algas que brotan fecundadas por las vivificadoras corrientes, con sus bosques de abetos y lianas que forman en ambas márgenes del río un poético muro de verdura.

—«Padre! exclamó Narciso estrechando fuertemente el brazo del monje. (Que felicidad la del que pasa la vida en el desierto, lejos de las tempestades del mundo, que

anonadan el alma y secan el corazón! La del que ve reabalsarse los días y las noches entre el invierno de la oración y el aroma de las flores!

—«Hijo mío, vos contempláis ahora al monje purificado por el cilicio y fortalecido por la fé, no al novicio sintiéndose desfallecer ante las pruebas y las mortificaciones; veis la mar en calma, y no comprendéis todo lo que han luchado esas alas, estrellándose contra las insuperables rocas, y gimiendo en los agujeros de las peñas».

Vos, hijo mío, añadió el P. Veitia, os halláis ahora en esa hermosa edad de la juventud, edad impresionable que todo lo poetiza, hasta el dolor mismo; y os sentís, a pesar vuestro, atraído por el indefinible encanto de esta hermosa soledad. Voy, pues, a referiros en muy pocas palabras el terrible suceso que me condujo al claustro, arrancándome de un mundo donde el destino me brindaba la más brillante y lisonjera porvenir.

No quiero que ignoreis nada, prosiguió sentándose humildemente sobre el tablado y fijando en ambos amigos sus dulces y carifiosos ojos; ni mis dudas, ni mis vacilaciones, ni la desesperada resistencia que esta naturaleza enérgica y voluntariosa oponía incesantemente a los rigores del claustro.

—«Mi nombre importa poco; basta que sepáis que, vástago de una noble familia vascongada, me vi rodeado desde la infancia de todo lo que puede sorprender el más orgulloso potentado».

Pero la suerte habia hecho nacer a mi hermano antes que a mí, y siendo una costumbre admitida entre la nobleza que los hijos segundos hubiesen de abrazar la carrera de las armas, entré en la marina real, que era lo más a propósito para mi carácter independiente.

Inclinado naturalmente al estudio, obtuve en mi carrera las notas más brillantes; pero habiéndome librado sin reflexión a todo género de lecturas, mi carácter apasionado y poético se doblegó en todo a las exigencias de una imaginación exaltada, que, olvidándose paulatinamente de las verdades de la fé, no soñaba más que por vanidades mundanas.

(Se concluirá.)



soluta de enojosos recuerdos y de pasados agravios.

**El Pensamiento Español** recuerda que los carlistas prestaron inmensos servicios a la reina Isabel; también se los prestaron en mayor escala otros partidos; tanto mejor para que su hijo Alfonso, fuera del amor que como españoles les profesaba, esté unido a unos y otros por los vínculos de la gratitud.

Cierto es sin duda, como indica **El Pensamiento**, que tal vez se perdió una gran ocasión para formar en España un partido monárquico incontestable a los embates de la demagogia revolucionaria; pero aquella falta verdadera o supuesta, hija tal vez de las circunstancias y del temor de excitar las pasiones revolucionarias, ni afecta a los derechos de D. Alfonso ni puede hacerse de modo alguno responsables de ella a los que agenos a tales hechos, solo anhelamos hoy el fortalecimiento del trono y el bien de la patria.

Ya hemos dicho que no es nuestro ánimo discutir, sino exponer y rectificar, porque haciendo un llamamiento al patriotismo de todos los españoles honrados, sin distinción alguna, deseamos que todos comprendan la nobleza de nuestros sentimientos y la sinceridad de nuestras palabras.

#### EL ALABAMA

Y LA VENTA DE ARMAS A FRANCIA.

Los periódicos anglo-americanos que recibimos ayer se ocupan extensamente de la cuestión del **Alabama**.

De la relación que hacen del estado de la cuestión resulta que Mr. Fish ha recibido la nota de Mr. Gladstone, relativa a las reclamaciones indirectas. El diplomático inglés no se muestra avaro de frases amistosas, pero termina diciendo que Inglaterra no puede asistir a la conferencia de Ginebra, si los Estados Unidos no retiran las reclamaciones por consecuencia de los daños.

El ministro de Estado de Washington le devuelve a su colega con usura las frases de profunda simpatía y sincera amistad que existen entre los dos países, pero termina también diciendo por su parte, que los Estados Unidos no pueden retroceder.

Cual sea el desenlace del asunto es muy difícil de prever; por más que sea general la creencia de que no se apelará al argumento de las armas por ninguno de los dos gobiernos para convenir a su adversario.

Lo más probable es que todo se quede lo mismo, que después de la desaprobación del tratado Johnson Clarendon. Los Estados Unidos dicen que pueden esperar mejor oportunidad; esto es, a que una complicación ponga a Inglaterra al borde del precipicio.

Una circunstancia hay que tener muy presente para formar un juicio exacto de la conducta del Gobierno de Washington relativamente al **Alabama**.

El Senado se está ocupando en la actualidad de la venta de armas a Francia durante la guerra con Prusia, y esta discusión, en que para terminarla se ha empleado como argumento contundente «que la averiguación que se propone perjudicaría las reclamaciones de los Estados Unidos ante el tribunal de Ginebra, y daría a Alemania derechos para exigir de América, lo mismo que América exige hoy de Inglaterra», ha de perjudicar en efecto mucho a los Estados Unidos en el ánimo de los árbitros reunidos en Ginebra, porque llevase a cabo o no la averiguación, es lo cierto que el Gobierno de los Estados Unidos aparece culpable de haber vendido armas y municiones de la nación a uno de los beligerantes, con lo cual pierde el derecho para reclamar contra Inglaterra.

Se dirá que no consta de oficio que se haya faltado al derecho internacional; pero tampoco se ha probado hasta la fecha que Inglaterra infrinja las leyes de la neutralidad; y la oposición de los senadores ministeriales a que se lleve a efecto la investigación, hace aparecer mucho mayor de lo que tal vez sea, la culpabilidad del Gobierno de Washington en haber vendido armas y municiones a la nación francesa.

Esta circunstancia, de que no dejará de aprovecharse el gabinete inglés, influirá pues indudablemente y de una manera eficaz, en los árbitros de Ginebra y debe suponerse que la resolución del tribunal será favorable a los intereses de Inglaterra.

#### PROTESTA DE LA PRENSA.

Ayer volvieron a reunirse en la redacción de **El Imparcial** los representantes de varios periódicos políticos de todos los matices para tratar de los procedimientos que se siguen en la sustanciación de las causas de imprenta y adoptar las resoluciones que se juzgan convenientes para evitar los perjuicios innecesarios que se causan a las empresas periodísticas.

Después de larga discusión, quedó acordada y firmaron los asistentes la siguiente razonada protesta, a que en un todo nos adherimos:

**A la prensa, a la opinión pública y al Gobierno.**

Los representantes de los periódicos de Madrid que suscriben se han reunido a conferenciar acerca de los derechos e intereses de la prensa, alarmados por los procedimientos que en los últimos días se están planteando, y especialmente por los repetidos embargos que la autoridad judicial ha decretado y el ministerio de la Gobernación y la administración de correos lleva a efecto.

Los escritores públicos, con esta desagradable ocasión reunidos, han estado unánimes para reconocer la gravedad del peligro que esta manera de tratar a la prensa envuelve para la existencia de las empresas periodísticas y para la libertad de escribir de que ningún español puede ser privado sin infracción manifiesta del artículo 17 de la Constitución de la monarquía. Sus dictámenes discrepan probablemente si entre ellos se discutiese, ya acerca de las ventajas e inconvenientes de que la prensa sea juzgada por las mismas leyes y trámites que los reos de delitos comunes, ya respecto de la legalidad constitucional con que en el Código penal puede ser introducida una legislación especial para la prensa, ya acerca de otras cuestiones interesantes de doctrina política y de derecho constituido; pero respecto de la conveniencia de establecer el jurado y de lo que forma el objeto de su reunión, que es la amenaza contra la libre emisión del pensamiento contenida en la costumbre de secuestrar en las oficinas de correos las ediciones destinadas a las provincias, no hay ni puede haber más que

una absoluta unanimidad de pareceres en todos los que examinamos el asunto con ánimo desapasionado y con suficiente conocimiento.

Ni las doctrinas propias del sistema preventivo, ni las del represivo, ni el espíritu y la letra de la Constitución y del Código penal vigentes, son compatibles con el trámite del embargo de los periódicos en la forma en que se está ejecutando. Reune los inconvenientes de todos los métodos conocidos, sin tener ninguna de las ventajas. La previa censura no colocaba a las empresas periodísticas en la imposibilidad de enviar una edición a sus suscriptores de provincias. La ley preventiva de 1857 fijaba expresamente los únicos cuatro casos en que la recogida estaba autorizada. Mas el rigor de las penas a que por las leyes actuales están expuestos los escritores, rigor en algunos casos incomparablemente más severo que el de cualquiera de las legislaciones especiales conocidas o proyectadas, evidentemente no ha podido ser aceptado por el legislador ni por ninguna escuela, sino como compensación de una ampliísima libertad de emitir y circular toda clase de ideas, libertad que no existe para el periódico que uno, dos, cuatro días seguidos se secuestran antes de llegar a manos de los suscriptores que previamente lo han pagado.

Por tanto, los representantes de los periódicos que suscriben, sin perjuicio de utilizar todos los recursos legales que procedan para hacer que sus derechos y sus intereses sean respetados, protestan ante el país, ante la prensa toda, ante el Gobierno, que sienten profundamente lastimado por los procedimientos que contra la prensa política se están planteando, el derecho de escribir y publicar sus ideas, que consignan los artículos 17, 22 y 23 de la Constitución de la monarquía; y que si continuara desarrollándose el sistema que tiende a reunir las inócuas medidas preventivas llevadas hasta la exajeración con los rigores de la penalidad que en el sistema represivo debieran ser compensación de las facilidades casi absolutas dadas al escritor, la imprenta política quedaría enteramente a merced de la administración pública y en condiciones incompatibles con su libertad y con el decoro del Gobierno constitucional.

A los depositarios del poder y a los encargados de la administración de justicia toca, pues, adoptar las medidas que sin perjudicar la impunidad de los delitos que por medio de la prensa puedan cometerse, conserven íntegras las garantías otorgadas por la legislación vigente.

Madrid 8 de Marzo de 1872.—Por **La Esperanza**, José María Eauró.—Por **La Bepca**, Ignacio José Escobar.—Por **Las Necesidades**, Raimundo Fernández Cuesta.—Por **El Diario Español**, Dionisio López Roberts.—Por **La Discusión**, Bernardo García.—Por **El Pueblo**, Pablo Nogués.—Por **La Política**, Adolfo Mentaberry.—Por **El Caracol**, Carlos Frontaura.—Por **El Bala**, Luis Rivera.—Por **La Nación**, Cristóbal Pascual y Genis.—Por **El Imparcial**, Mariano Aras.—Por **El Universal**, Agustín Sáenz Figuerola.—Por **La Igualdad**, Carlos Marín.—Por **El Tiempo**, Pedro Elías.—Por **El Correo Militar**, Melchor Pardo.—Por **El Volante de Madrid**, Francisco Casmague.—Por **El Jurado**, Eduardo Benit.—Por **La Tertulia**, Juan Manuel Martínez.—Por **La Revolución Social**, Fernando Garrido.—Por **La Reconquista**, Valentín Gómez.—Por **El Combate**, Francisco Córdova y Lozano.

Invitado **El Eco de España** a suscribir este documento, y no habiendo podido enviar a tiempo su respuesta de conformidad, debe manifestar aquí que se adhiere a él en un todo, y ruega a sus compañeros de la prensa que han suscrito la declaración, lo hagan constar así en sus columnas.

No sabemos lo que hoy recuerda **La Bepca** acerca de la frase del Sr. Cánovas calificando de iniquidad la doctrina de que el desecato pueda cometerse por medio de la prensa. Pero al decir hoy **La Tertulia** que sus causas son por este delito, no podemos menos de aceptar la frase del Sr. Cánovas para condenar semejante doctrina. Iniquidad, esto es, contrario a la equidad, sería sin duda que un periódico, por solo censurar los actos de un ministro cometiese el delito de desecato; pero hay más que eso: hoy no se puede sostener esa doctrina después de la reforma del Código penal. El art. 192 del de 1850 no distinguía acerca del modo de verificarse la injuria o la amenaza para que se entendiera desecato; pero el 266 del reformado vigente dice así:

«Cometen desecato: los que hallándose en un ministerio de la Corona o una autoridad en el ejercicio de sus funciones, o con ocasión de estas, los calumnian, injurieren o insultaren de hecho o de palabra su presencia o en escrito que les dirigieren o amenazaren.»

Prescindiendo de la desdichada redacción del artículo, sobre todo en su último período, claro es que quiso decir que ha de ser un escrito que les dirigieren; pero por si quedase duda, aún tiene otra aclaración más terminante.

Héla aquí:

«Por consecuencia de lo dispuesto en los dos números anteriores, la publicación por la prensa periódica de los escritos en ellos mencionados (escritos que los dirigieren o amenazaren, según el castellano del artículo), no constituirá por si sola delito de desecato.»

La ley es clara, terminante: si se quería evitar que sucediese lo que sucede, no se debió haber dicho eso en la ley; si se pretendía con el Código penal poner una mordaza a la prensa, hay que aceptar las consecuencias. El buen sentido de nuestros tribunales, la jurisprudencia establecida de que solo se comete desecato ante la persona o autoridad desecata, hará imposible é inútil ese trillado camino que el gobierno piensa haber encontrado. Después de proclamar como un progreso la abolición de la ley especial para la imprenta, después de someter ésta al Código penal, resulta que su aplicación es una iniquidad, que la ley misma se rebela contra sus autores, que al fin y al cabo, en esto como en todo, hay que volver al sistema que ha regido antes de la revolución, a la ley especial y a la previa censura; que en esto como en todo, las doctrinas liberales se han desacreditado, que no se puede gobernar por ellas; que en fin, como ahora se dice, ni las doctrinas progresistas ni el gobierno que las practica, tienen ni tienen razón de ser.

Todo ha concluido: debéis ceder el puesto a los que profesan las doctrinas que al fin tendréis que adoptar; es menester que cada uno tenga el valor de sus opiniones y de su bandera.

A un periódico escriben que si el gobierno no se decide a aplicar lealmente las doctrinas conservadoras en las próximas elecciones, es muy de temer que la mayor parte de los electores que tienen que perder, se retiren a sus tiendas dejando libre el campo a los alborotadores que surgen siempre cuando de emitir votos se trata. Por eso, sin duda, el Sr. Sagasta, dicen que ha brindado con el

apoyo oficial a candidatos conservadores, en algunos distritos.

Entretanto los radicales continúan dando la voz de alerta; y **El Imparcial** y **La Tertulia** escriben artículos tan terribles como los de que hablamos en otro lugar; dando importancia a visitas hechas a Palacio por un alto personaje, y suponiendo que nos acercamos a grandes acontecimientos; si no se hace, como dice el segundo de aquellos diarios, una parada en firme y pronto, porque mañana será tarde.

Los revolucionarios no acaban de desengañarse jamás. En la famosa reunión de los radicales de ayer no faltó quien pidiese al partido, para cuando llegue al poder, cosas tan peregrinas como la abolición de las quintas, los desecatos etc.; promesas todas de la revolución y que la revolución no ha podido realizar, ni el partido radical llevará tampoco a cabo.

Bueno es que sepan los pueblos que después de tres años que son dueños aquellos partidos del poder, aún no han cumplido lo que ofrecieron o se han vuelto atrás de lo que cumplieron. Por eso **La Tertulia**, menos fogosa que el Sr. Mathet, dice a este propósito:

«Volver a ofrecer hoy lo que tantas veces se ha ofrecido, sería dar pábulo a la maledicencia para que dijese que se hacían grandes promesas en la oposición sin ánimo de cumplirlas.»

Así, pues, el partido progresista no debe hoy hacer ofrecimientos; debe si cumplir los que tiene hechos cuando llegue al poder, y nosotros confiamos que los cumplirá.

Esto se llama curarse en salud.

Los infames pasquines que aparecieron anteayer en las paredes del edificio en que está situado el ministerio de la hacienda, y que la conciencia pública indignada y avergonzada atribuye a los que están interesados en apartar de sí la odiosidad a que se han hecho acreedores por tantos motivos, han sido borrados, no sabemos por quien, en la mañana de ayer.

Se había querido producir efecto y ha resultado contrario al que se esperaba; se había intentado despertar injustos rencores y se ha despertado el sentimiento de la decencia, que rechaza todo lo que es innoble.

Aquellos inmundos letreros están borrados, pero la impresión que en todas las clases de la sociedad ha producido semejante indignidad ha de tardar más tiempo en borrarse.

El jueves se presentó al fin a la Asamblea nacional francesa la proposición que ya hemos indicado, anunciando una interpelación al Gobierno acerca de la dimisión de Mr. Pouyer-Quertier. La Cámara acordó aplazar los debates hasta el sábado próximo después de haber convenido en ello Mr. Guérard autor de la proposición y Mr. Victor Lefranc ministro del interior.

Durante la corta discusión que precedió al voto de la Cámara, la izquierda se mostró tan intolerante que era fácil adivinar las muchas razones que tiene para temer un debate público sobre la última crisis ministerial en que han obtenido el triunfo los odios políticos de esta fracción de la Asamblea.

Haciéndose cargo **La Liberté** de un despacho de Bruselas, dando cuenta de haber aprobado la Cámara de representantes de Bélgica por 63 votos contra 32, la continuación de la cantidad fijada en el presupuesto para gastos del representante belga cerca de la Santa Sede, cita el art. 16 de la Constitución de Bélgica por el cual se establece una perfecta separación de la Iglesia y del Estado, alabando que la Cámara de representantes de aquella nación tan próspera y tan libre haya juzgado conveniente que continúe representada cerca de Su Santidad.

Este ejemplo, añade **La Liberté**, es la mejor contestación que puede darse a los diarios que piden se llame al embajador de Francia, Mr. de Harcourt.

En efecto, sería altamente inconveniente que Francia, la nación, apellidada cristianísima, pareciera de un agente en el Vaticano, cuando otras potencias con menos motivo, con menos intereses que ventilar cerca de la Santa Sede sostienen allí sus asuntos.

A pesar de todo veríamos sin sorpresa, que, cediendo Mr. Thiers a las sugerencias de la izquierda, en cuyos brazos parece hoy entregado, dispusiese el día menos pensado que se retirase del Vaticano el representante de Francia Mr. Harcourt.

Nuestras correspondencias de Versalles aseguran que para sucesor de M. Goulard en el ministerio de Comercio se piensa en M. Benoist d'Azy.

Al terminar la discusión de la interpelación de M. Giraud, de la que nos ocupamos en otro lugar, ocurrió un altercado desagradable entre este y M. Duvergier d'Hauranne, que había estado sumamente agresivo en esta cuestión.

El asunto iba tomando muy serias proporciones, y fué necesario, para evitar consecuencias desagradables, que mediaran varios diputados que presenciaran el incidente.

Las mismas cartas confirman la opinión que hemos emitido acerca de la imposibilidad de que vengán a un acuerdo el Gobierno y la comisión encargada de examinar el proyecto de ley de M. Victor Lefranc.

Según nos dicen, debemos estar seguros de que la comisión no está dispuesta a hacer la menor concesión. Por su parte el ministro del Interior amenaza con retirarse si la comisión persiste en aceptar la redacción nueva del proyecto de ley contra la prensa; pero lo que hay mucho más grave que todo esto, es que el Gobierno está absolutamente decidido, no sólo a sostener su proyecto primitivo, sino a aludir en la exposición de la ley a la caída del imperio y a los nombramientos de M. Thiers, primero como jefe del poder ejecutivo, y luego como presidente de la república.

Fácil es comprender que jamás la derecha consentirá en acceder a semejantes pretensiones, cuya aprobación implicaría el reconocimiento de la república. De modo que no es imposible que ocurra una segunda edición de la crisis del 19 de Enero.

En todos casos hay que esperar grandes modificaciones en el personal de los ministros.

Mr. Thiers está muy afectado con la dimisión de Mr. Pouyer-Quertier, y solo se consolará de su retirada dirigiendo personalmente el ministerio de Hacienda, que parece destinado más tarde o más temprano a Mr. Casimiro Perier, aunque este no participa de sus ideas en materia de impuestos.

El ponente de la comisión no podrá presentar su informe antes del lunes próximo, de modo que la discusión no podrá verificarse en la Cámara hasta el miércoles o jueves. Estos ocho días ganados son una gran cosa para los que esperan haya una avenencia, o por lo menos una transacción entre el Gobierno y la comisión, transacción que seguimos creyendo es imposible.

A juzgar por las muestras de deferencia de que ha sido objeto Mr. Pouyer-Quertier por parte de los diputados en la sesión de la Asamblea en que se presentó la interpelación sobre su salida del ministerio, la que haya celebrado ayer la Cámara ha de haber ofrecido grandísimo interés con motivo de las explicaciones que de el Gobierno contestando a la interpelación de Mr. Guirand.

**El Diario de Roma**, cuyos informes, dice la **Liberté** de París, han dado lugar a tantas rectificaciones, anuncia que el caballero Nigra será reemplazado próximamente como embajador de Italia en París por el Sr. Minghetti.

Según la **Patrie**, la venida de este a Versalles, donde con efecto se le espera, tiene un objeto muy distinto, cual es el de comunicar al gobierno francés el tratado celebrado recientemente entre Prusia e Italia, y como el procedimiento no deja de ser extraño, atendiendo a las desfavorables opiniones del personaje italiano citado respecto de Francia, su misión se considera como un paso poco amistoso y algún tanto conminatorio. Ello es que al saberse la noticia en Versalles, el 6, produjo gran impresión entre los diputados de la Asamblea.

**Del Cronista** de Nueva-York correspondiente al 24 del pasado Febrero tomamos lo siguiente que publica nuestro colega bajo el epígrafe de **noticias**:

«El general Carlos García ha salido para Cuba con una expedición de veinte hombres, y además cincuenta rifles.»

«Saben los lectores de **El Cronista** quien es Carlos García? Pues es el jefe de la guardia civil en Vuelta Abajo, y no poco que sentir a hacendados y gaucos.»

«Y aquí Aguilera, Aldama y compañía lo han invadido y equipado para dicha expedición, y le llaman general.»

«Con que, es o no es una causa de bandidos la causa de estos mozos?»

Otros veinticinco hambrientos se fueron a Jamayca, en busca del perdido cuatrerío, a quien también llaman general, porque Aguilera les dijo que allí encontrarían con el dinero necesario para atender a su manutención y llevarlos a Cuba acto continuo.

«Ellos llegaron a Jamayca, mas el periclitio no estaba ni lejos; y allí andan ahora aquellos infelices pidiendo una limosna y maldiciendo a boca llena de los estadistas que así los sacrifican.»

En Colon, donde también esperaban a Quesada con socorros otros treinta menceos, se han quedado, los pobres, con un palmo de narices, y andan de puerta en puerta buscando que comer, para que el hambre de su ridícula esperanza no los mate.

«Esto ha dado motivo a que entre Aldama y Aguilera haya ocurrido el otro día una escena que ya, ya, Bala salieron a relucir las hazañas del periclitio, con todo el barniz de la mala voluntad que le tiene D. Miguel hace dos años.»

En fin, hoy la cosa se reduce a vivir cada cual de lo que pesca, y aún hay alguno que otro pagano que no quiere escarmentar.

**Pest Data**.—**El Hornet** está de venta cuando lo abuelita de sus culpas la justicia americana, y puede asegurarse, de cualquier modo que se resuelva la cuestión, que para su verdadero propietario está perdido.»

Aunque está acordado que en la próxima Sesión Santa salgan en Sevilla todas las cofradías que tanto llaman la atención de los andaluces, tenemos entendido que no es seguro que las afamadas procesiones recorran las calles de aquella ciudad, dependiendo todo de que se verifique o no cierto viaje en la ciudad del Betis.

Las personas que están en el secreto no desean ver por allá determinados viajeros, porque en este caso se suspenderían las procesiones.

Han sido nombrados coroneles jefes de brigada de los batallones provinciales, los señores siguientes:

D. José Morales, de la primera; D. Francisco Mallent, de la segunda; D. José de Mesa y Tovar, de la tercera; D. José de Mella, de la cuarta; D. Matías Martínez, de la quinta; D. José del Real, de la sexta; Don Domingo Fierro, de la séptima; D. Juan Ruiz, de la octava; D. Antonio de Lara, de la novena; D. Justo Tabares de la diez; D. José Valenzuela, de la once; D. José Echevarría, de la doce; D. Baltasar Lorente, de la trece; D. Ramón Bustamante, de la catorce; D. Mariano Díaz, de la quince; D. Rafael Gutiérrez, de la dieciséis; D. Odón Macías, de la diecisiete; D. Carlos Nicolson, de la dieciocho; D. José Faura, de la diecinueve; y D. Benito Pérez Marcos, de la veinte.

#### REUNION DE LOS MINISTERIALES.

Esta gran reunión, celebrada anteayer en el teatro del Circo, era ayer el objeto de los comentarios de toda la prensa.

En otro lugar hablamos de ella. Aquí vamos a dar, tomando de **El Imparcial**, el relato de lo en ella ocurrido.

Poco antes de las nueve daba principio esta reunión, para la cual se había designado una mesa compuesta de los Sres. Santa Cruz, presidente, y Ortiz de Pinedo y Montojo, secretarios.

Parco en palabras, el Sr. Santa Cruz pronunció únicamente las necesarias para manifestar que el partido conservador había aceptado las explicaciones dadas por el Sr. Sagasta en la sesión del 22 de Enero, y que formado un comité general de elecciones en relación con las de las provincias, este consideraba necesario el concurso de un comité provincial en Madrid, para cuyo nombramiento había sido convocada la reunión si el pensamiento era aceptado.

El Sr. Candau, todavía no bien restablecido de una reciente indisposición, dispuso su afeitamiento en ser el primero en usar de la palabra, diciendo que de este modo apelaba a una tática vulgar, pero de seguro efecto, porque sería escuchado sin disgusto, y no así en el caso de reservarse para después que hubiesen hablado los eminentes oradores que asistían a la reunión.

La modestia del señor Candau le valió frenéticos aplausos.

Hizo después una rápida reseña de los últimos acontecimientos políticos, interpretados en el manifiesto de 42 de Octubre, que aunque breve, dijo estar al alcance de todo el mundo; pero añadiendo que sucesos tan gravísimos le hacían necesaria una ampliación.

Dijo que al publicarse dicho manifiesto, sus adversarios se hallaban dispersos y atribulados; pero que en la actualidad se habían reunido para organizar una nefanda coalición. «Bravos y aplausos entusiastas.»

Añadió que esa coalición les obligaba a ellos a manifestar antes de todo a dónde van, que quieren y por qué medios. «Bravos, prolongados.»

La primera proposición trató de demostrarla eligiendo el momento político en que se manifestó la revolución española: apeló para ello al testimonio del señor duque de la Torre, preguntándole quienes fueron los que horas antes de verificarse la batalla de Alcolea se le presentaron y ofrecieron, concluyendo de aquí que los verdaderos revolucionarios había que ir a buscarlos al teatro del Circo.

Negóse por consecuencia a dar mayores explicaciones, y dijo que ellos no debían definirse, sino «esos adversarios que son revolucionarios desde *posteriori*». «Grandes aplausos.»

Para concluir este primer período el Sr. Candau dijo que bien sabía el general Prim en qué hombres depositaba su confianza, y que aquellos hombres eran precisamente los que allí estaban unidos.

El segundo punto fue resuelto asegurando que lo que se proponen es salvar la revolución por dos medios: por convencimiento y por egoísmo. Por convencimiento, como consecuencia natural de la bondad de la causa; por egoísmo, porque la reacción, roja o blanca, no le perdonará nunca a la revolución este hecho glorioso. «¿Significa el triunfo de la revolución de Setiembre? preguntaba el Sr. Candau; la revolución por medio de sus representantes estableció un credo político; y todo el que ante él no baje la cabeza está fuera de ella, lo mismo el que no la alcanza que el que la excede. Además la Asamblea Constituyente, expresión de la aspiración revolucionaria, votó después la dinastía y trajo al rey, y éste se halla bajo la salvaguardia de los verdaderos revolucionarios de Setiembre, y os ruego que tengáis cuidado con el adjetivo. ¡Vivas, bravos y aplausos prolongados durante 50 segundos!»

Explicó cómo después de la muerte del general Prim hombres de distintos campos se habían reunido para defender la obra constituyente, lamentando la ruptura de la constitución, que no quería decir allí quienes la habían causado, sosteniendo que los enemigos de la dinastía se habían envalentado y cobrado nuevo valor desde ese momento.

El patriotismo exigía que nos uniéramos como un solo hombre para defender la obra revolucionaria, y advertir que digo unidos y no coligados, porque de esto quieren sacar partido nuestros enemigos, creo que esto no necesita explicarlo. (No, no.) Unidos, pues, vamos a consolidar la dinastía. (Vivas al rey, bravos y aplausos prolongadísimos.)

Dijo que el camino elegido para el objeto propuesto era el que seguían los liberales; que hacían política expansiva, de atracción; que recibían con los brazos abiertos a cuantos tuvieran el mismo propósito, y que su objeto principal era sumar fuerzas para colocarse alrededor de la dinastía, prometiéndose el triunfo contra los que pretendían restarlas.

Hizo, para obtener este resultado, un llamamiento a los pueblos, al patriotismo de todas las clases, a virtudes del peligro que corren de caer en el socialismo; forma, a su juicio de la tiranía moderna.

Negó importancia a la coalición, calificándola de *Organo de Molestas*, y con unas cuantas teorías propias sobre el socialismo, resumió su discurso, expresando la necesidad que tienen del concurso de todas las clases, recomendándoles que acudan a las urnas, olvidando antagonismos y antipatías personales, para hacer triunfar la causa revolucionaria al grito de ¡Viva el rey Amadeo! (Grandes y prolongados aplausos. Los señores Arroyo y Mansi abrazan con efusión al orador.)

El Sr. Santa Cruz propuso, y así se acordó que se procediera a la designación del comité.

Comenzó por elegir una comisión nominadora, que fué llamada a propuesta de la mesa.

Dicha comisión la compusieron los señores don Antonio Sánchez Milla, D. Valetín de la Arana, D. Isidro del Hiego, conde de Ylches y D. Manuel Ortiz de Pinedo.

Mientras la comisión elegía los individuos que debía proponer para la formación del comité, el público pidió que hablase el señor duque de la Torre, y el Sr. general Serrano empezó manifestando que siempre había sido contrario de lo que pensaba; pensamiento que completó diciendo que se había propuesto no hablar en aquella reunión, y que lo hacía únicamente cediendo a los ruegos del auditorio.

Sobre el cadáver del ilustre, del noble general Prim (dijo el duque de la Torre), en presencia de aquella sangre generosa, traidoramente derramada, juramos sostener al rey. Yo no he faltado a ese propósito y lo sostengo y lo sostendré hasta donde pueda como caballero, como español y como hombre honrado.

Yo no rompo conciliación que consideraba necesaria para consolidar la revolución y sostener la dinastía. El general Prim debió ser el jefe del primer Gabinete que se formara a la caída del rey, y yo pensé que retirado en mi hogar, rodeado de mis amigos, se hubiera dado tiempo a la formación de los dos grandes partidos, que habrían turnado en el poder siempre por medio de la libertad, porque la verdadera felicidad de las naciones se funda en ella.

Yo no puedo considerar como enemigos, sino como adversarios, a los que con más fe, con más actividad, con más entusiasmo han contribuido a traer a España al más noble, leal y caballeroso de los príncipes. Considero como enemigos a los carlistas, a los republicanos y a los moderados que quieren la restauración.

No son enemigos, repito, los que hicieron la Constitución y trajeron al rey; y si la revolución se desgracia será por torpezas de todos, pero no porque el hecho no sea en sí grande y glorioso.

Esas gentes volverán de su error; pero de todos modos, combiniémoslos para traer a la Cámara una mayoría gubernamental.

Y si el desecho trae sucesos terribles, manifestemos que somos los nobles descendientes de Padilla.

Los diferentes períodos del discurso del general Serrano fueron interrumpidos casi constantemente por grandes y sostenidos aplausos.

Terminado, se presentó el Sr. Ortiz de Pinedo, y como individuo de la comisión nominadora, pronunció un discurso para explicar el criterio que en aquella había dominado al hacer la designación; dijo que debían estar representadas en el comité todas las clases del cuerpo electoral, que el sufragio universal estaba encarnado en el pueblo español, y otra porción de cosas sobre la verdadera democracia, la religión cristiana, la dinastía, la libertad y el patriotismo, encaminado todo a que los electores apoyen las candidaturas que determine el comité provincial.

Este quedó constituido con los señores siguientes: D. Darío Regoyo, D. Fernando Jaqueto, D. Matías López, D. José Luis, D. Pedro Ochoa, D. Melitón Martín, el marqués de Castroserra, D. Simón Pérez, D. Celestino Ansonera, marqués de Rianzuelo, D. Ciriano Ruiz Jimenez, D. Vicente Florent, D. Pedro Suarezvicares, Don Mariano Monasterio, duque de Fernán-Núñez, D. Fermán Perla, D. Pedro Sierra, D. Francisco Gil Machón, D. Domingo Peña, D. Pedro Carrillo, D. Narciso Arce.



no de la Colina, D. Félix Sánchez Blanco, D. Pedro Martínez Luna, D. Fermín Lasala, marqués de Mude- la, D. Francisco Candau, D. Manuel Alonso Martínez, D. Eugenio García Pérez, D. Maximino González, Don Víctor Collado, D. Manuel Ibarra, D. Evaristo González, D. Francisco Martínez Bräu, D. Inocente Ortiz y Casado, D. Pablo Abellón, D. Vicente Calatayud.

Además quedó acordado formar parte del comité los directores de los periódicos *Argos*, *Diario Español*, *Iberia*, *Presencia*, *Debate*, *Independencia Española*, *Eco del Progreso*, *Paciente de Alcolea*, *Norte*, *Eco Popular* y *Di- nástico Popular*.

Acto continuo dió por terminada la reunión el señor Santa Cruz, una hora después de haber empezado.

Bejo el epígrafe: *otra embajada publica el Cronista de Nueva-York* correspondiente al 24 del pasado, que recibimos ayer, la *conversación diplomática* que se supone tuvo lugar en Albany el 13 del propio mes entre Mr. Sickles y el conserjal del *Herald*, conversación a la cual no damos gran importancia, primero porque acaso sea una fábula como otras tantas con que en su afán de favorecer a la insurrección cubana ha regalado a sus lectores el *Herald*, y luego porque no suponemos en el general Sickles las ideas que en la citada conversación se le atribuyen.

Si los insurrectos de Cuba no hubiesen hallado en los Estados Unidos un apoyo que no habla muy alto en favor de la moralidad de aquel Gobierno, es positivo que mucho tiempo há estaría completamente terminada la guerra que tantas desgracias ha causado en nuestra grande América.

Por lo demás, ya debe saber Mr. Sickles que España está resuelta a todo antes de permitir la desmembración de su territorio.

Hé aquí ahora el relato del *Cronista*.

«¿Qué resultado tendrán á juicio de usted los asuntos de Cuba, general?»

«Recuerdo que al fin nos producirán disgustos, aunque otros opinen lo contrario. España vuelve la vista al tiempo en que dominaba toda la América, cuyas posesiones le han ido abandonando una á una, imitando en esto la conducta de la América del Norte, y no puede resolverse á que nosotros tengamos derecho para intervenir en la cuestión de sus Antillas. Señala con el dedo á Méjico, Venezuela, Colombia y otras de las repúblicas y nos dice: «Mirad lo que produce vuestro sistema de gobierno: revoluciones, anarquía, asesinatos y otras cosas parecidas. Cuba es rica y próspera y produce doscientos millones de pesos cada año. Sus habitantes visitan vuestro país, gastan allí su dinero á manos llenas, vuelven imbuidos en vuestras perniciosas doctrinas e inmediatamente crean revoluciones.» Luego dice á Cuba una cosa parecida, y señalándole á Méjico, Venezuela, etc., añade: «Mira que bien marchas bajo mi tutela; tú prosperas y debes estar satisfecha; así, toma un dulce, hijo mío, siéntate y pórtate bien.» Pero los cubanos son demasiado fuertes para ser vencidos, y la revolución, por consiguiente, se hace crónica.

«Entonces, general, ¿eres V. que nuestro gobierno interviendrá, al fin, en los negocios cubanos?»

«Ya V. lo ve: España está haciendo muchas locuras, deteniendo y abordando nuestros buques; aprehendiendo a ciudadanos americanos; destruyendo propiedades, etc., por cuyos hechos ha ofrecido dar satisfacción y restituir ampliamente a los perjudicados. Hay una comisión en Washington que entiende en estas materias, y de sus relaciones deduzco que la suma de los daños excederá á la de las reclamaciones del *Alabama*. De aquí nace naturalmente esta pregunta: ¿cómo pagará España? Estoy persuadido de que para Enero de 1873, tendremos una cuestión española.

«Y V. va á quedarse aquí ó regresa á España?»

«Yo volveré á España de aquí á un mes para enviar desde Madrid mi dimisión y recoger á mi madre, y á mi hija que las ha dejado allí; de suerte que para el 1.º de agosto estaré de nuevo aquí, y es probable que no hiciere este viaje, si no fuera por recoger á mi familia.

## SECCION OFICIAL.

(Gaceta de ayer.)

Por real orden del ministerio de Gracia y Justicia, fecha 5 de Marzo, se nombra para el Registro de la propiedad de Gandesa, de tercera clase, vacante por fallecimiento del que lo desempeñaba, á D. Julian Daroca y Porcu, registrador de la propiedad de Celanova.

Y por otra de igual fecha, para el Registro de la propiedad de Villar del Arzobispo, de cuarta clase, vacante por renuncia del electo, á D. Joaquín Giraldez y Fernandez Soler, registrador de la propiedad de Guis.

Por otra de 3 de Marzo, expedida por el ministerio de Hacienda, se nombra por su orden para las plazas de vista tercero de la Aduana de Santander, vista segundo de la de Badajoz y administrador de la de la Guardia, dotadas con 3.500 pesetas la primera, 2.000 la segunda y 1.500 la tercera, que resultan vacantes por salidas á otros destinos de los empleados que las desempeñaban, y cuya provision pertenece al turno de concurso, á Don Leon Dublan y Elizeche, que lo es sexto de la de Barcelona, á D. Gregorio Otero y Marqués, oficial de quinta clase de esa Dirección general, y á D. Fernando Martínez Osorio, interventor-vista de la de Cádiz, que son los individuos que reúnen más circunstancias de las expresadas en el art. 13 del reglamento vigente del cuerpo de empleados del ramo.

Por otra del ministerio de la Gobernación, de 8 de Marzo, se dispone:

1.º Que no obstante lo que determina la Real orden de 6 de junio de 1860 se admita á libre plática á los buques que traigan patente limpia y hayan tenido algún individuo muerto en el viaje, siempre que justifiquen los capitaneos ó patronos que este accidente no ha sido ocasionado por enfermedad imponible.

2.º Que asimismo sean admitidos libremente aquellos en que con patente igualmente limpia y por circunstancias accidentales venga una persona más ó menos de las comprendidas en la patente y rol, cuando se acredite por los jefes de los buques que la diferencia en el número de individuos consiste en causas que no afectan á la salud pública.

3.º Que probada por los capitaneos ó patronos la falta involuntaria é inevitable de la patente de que se hace mérito en la Real orden de 24 de Agosto de 1867, no se ponga obstáculo al buque para su libre entrada.

4.º Que lo dispuesto en las reglas anteriores se entienda siempre con las precedencias de puntos limpios que lleguen en buques condiciones higiénicas.

Y finalmente, que el tiempo necesario para la prueba del caso en que respectivamente puedan encontrarse los buques estén estos completamente incomunicados.

Por otro de igual fecha, en atención á las frecuentes quejas acerca de la manera de aplicarse las leyes sanitarias en las subdirecciones del ramo, se dispone que se recuerden las que establecen los decretos de 28 de Diciembre de 1868 y 10 de Abril del 69 que determinan su organización, así como también el más exacto cumplimiento de la ley de Sanidad y demás disposiciones vigentes.

Por otra de 29 de Febrero del ministerio de Fomento, se manda que se provea por concurso, con arreglo á la ley de 9 de Setiembre de 1857 y el decreto de 13 de Abril de 1861, entre catedráticos de entrada, una categoría de ascenso, vacante en la facultad de Farmacia.

Por otra de 1.º de Marzo se dispone que, habiendo transcurrido el plazo de 20 días señalado para aspirar por traslación á la cátedra de Ampliación del Derecho civil y Códigos españoles de la universidad de Oviedo sin que la haya solicitado ningún catedrático de la misma facultad y sección, conforme al art. 41 del reglamento de 15 de Enero de 1870, se anuncie la convocatoria para proveerla por concurso.

Por otra de 6 de Marzo se anuncia por término de 20 días la vacante de la cátedra de *Obstetricia y enfermedades especiales de la mujer y de los niños*, en la facultad de Medicina de la universidad de Madrid.

Y por otra de 7 de Marzo se dan las gracias en nombre de la Nación por el donativo que han hecho con destino á Bibliotecas populares D. Aniceto Pérez y Durán de 20 ejemplares de los *Problemas y ejercicios de aritmética*, escritos por él mismo, y D. José Bravo y Díaz de 20 ejemplares del *Título I de la Constitución de 1669*, en verso, de que es autor.

## DESPACHOS TELEGRAFICOS.

Leipzig 7.—Los socialistas Bebel y Leibrecht deben comparecer el 11 del corriente ante el jurado acusados del delito de alta traición.

París 7.—En la Bolsa se han cotizado:  
El 3 por 100 francés, á 56'50.  
El 5 por 100 ídem á 89'27.  
El interior español, á 26'55.  
El exterior ídem, á 31'30.

Londres 7.—A primera hora se hacia el exterior español á 31'58.

El portugués no se ha cotizado.

París 7.—Créese que se modificará el ministerio después de la discusión del proyecto del Sr. Lefranc sobre la represión de la imprenta.

En la Asamblea nacional varios oradores han combatido la Internacional sosteniendo que la indiferencia con que la consideran muchos es peligrosa para toda sociedad.

Amberes 7.—Han cerrado en la Bolsa:  
El 3 por 100 español, á 30'78.  
El portugués, á 39'12.  
Amsterdam 7.—En la Bolsa se han hecho:  
El 3 por 100 español, á 31'55.  
El portugués, á 40'00.

Versalles 7, (recibido con retraso).—En la Asamblea nacional ha continuado el debate sobre la Internacional, terminando su discurso el Sr. De Peyre, quien se ha ocupado principalmente de la parte que tomó esta sociedad en los sucesos de la Commune.

Asegúrase que el Sr. Thiers ha aceptado la enmienda del Sr. Barthe sobre el proyecto de ley de imprenta.

Créese que se introducirán algunas modificaciones en el proyecto de ley sobre la Internacional que discute la Asamblea.

Para el sábado próximo se espera un animado debate entre el Sr. Dufaure y su ex-colega Poyer Querier sobre las causas que originaron la salida de este ministerio.

Nota. Las líneas continúan en mal estado. No se han recibido aun los telegramas de Bolsa del día 7.

París 8, (recibido con retraso).—En la Bolsa se han cotizado:

El 3 por 100 francés á 56'45.  
El 5 por 100 ídem á 89'92.  
El interior español á 26'916.  
El exterior ídem á 31'516.  
Londres 8.—A primera hora se hacia:

El exterior español á 31'12.  
El 3 por 100 portugués á 40'58.

Versalles 8.—El Sr. Thiers ha combatido hoy en el seno de la comisión de la Asamblea nacional las enmiendas al proyecto sobre la imprenta del Sr. Lefranc.

Parece difícil una avenencia con la comisión.

Créese que la votación de la Cámara será favorable al gobierno.

Ayer fueron entregados á los prusianos en Strasburgo 350 millones de francos parte de la indemnización de guerra que debe Francia.

Amberes 8.—Han cerrado en la Bolsa:  
El 3 por 100 á 30'34.  
El portugués á 39'12.  
Amsterdam 8.—En la Bolsa se han cotizado:

El 3 por 100 español á 31'58.  
El portugués á 39'1316.

París 8 (noche).—A consecuencia de las comunicaciones cambiadas entre España y Francia, se ha acordado que la ley francesa que establece una sobre tasa á los buques con bandera extranjera no es aplicable á los españoles.

En vista de esto los buques de ambas naciones serán admitidos en los puertos de los dos países, incluso los de las Baleares sin gravamen de la sobre tasa.

## ESPIRITU DE LA PRENSA.

PERIÓDICOS DE LA MAÑANA.

Baten de júbilo las palmas los ministeriales y no es para menos el caso, ante el entusiasmo oficial del Circo del Sr. Catalina. Por supuesto que el Sr. Candau estuvo arrebatado; magnífico y elocuente el general Serrano, quien se descubrió ante la majestad del pueblo, para decir que defendería la libertad y la dinastía que había jurado, con lo cual y con un viva á D. Amadeo que duró diez minutos y sin acordarse que las elecciones se harían al grito de viva el rey! se dió por terminado el espectáculo.

Nos parece que en las elecciones, ¡ojalá nos equivocásemos! ha de haber algo más que gritos, como por ejemplo, palos, tiros y otras cosas que tal vez duren más tiempo que el *ataque* del teatro del Circo.

Toda la prensa de la mañana se ocupa de este acto trascendental. ¡Lástima que haya tenido lugar en el Circo de caballos ó en el del Sr. Catalina, como lo llama *La Iberia*, sin duda para que no se olvide que se trataba de una representación, pero cómicos de la legua!

Para dicho periódico, así como para *El Norte*, *El Puente de Alcolea* y *La Prensa*, aquello no era hipódromo, era un verdadero Parnaso terrenal, en el que no faltaba algún Adán y abundaban las serpientes.

Todos aquellos ángeles caídos hablaron como oráculos, manotearon como furias, se aplaudieron recíprocamente, condenaron al socialismo para hacerle partícipe de la pena que á ellos les espera, e hicieron un llamamiento á las clases de la sociedad, que permaneciera sorda á los gritos de los conservadores del desorden.

El público pidió que hablase el primer actor, el vencedor de Alcolea, y este se descubrió ante la majestad del pueblo, sin que los ruegos de los con-

currentes lograsen que se abrigase de nuevo aquella cabeza á la que tanto respeto inspiran todas las majestades, mientras lo miman y le aplauden.

El entusiasmo llegó á su colmo cuando el general habló de sus juramentos, y terminó la función con un divertido fin de fiesta en que fué el protagonista el antiguo director del extinguido Patrimonio Sr. Ortiz de Pinedo, aplaudiéndose mucho la escena final, encaminada á la *atracción de los amigos estraviados*.

*El Imparcial*, *La Nación*, *La Tertulia*, y los demás periódicos radicales, hacen los merecidos elogios de la reunión y de sus oradores, en idénticos ó parecidos términos, á lo que el primero de los citados emplea los siguientes párrafos:

«Surgieron estas consideraciones al recuerdo del aspecto que anoche ofrecía el antiguo hipódromo de la plaza del Rey, donde pretendiéndose celebrar un acto solemne, trascendental, definitivo quizás en el orden político, consiguieron sus iniciadores convertir en un entremés grotesco á fuerza de reargarlo de golpes de efecto, de frases de relumbrón y de hiperbólico entusiasmo fabricado trabajosamente durante todo el día en las antenas de los ministerios ó entre los desahuciados legajos de las oficinas del Estado.

El teatro del Circo recibió ayer su acostumbrado aspecto de coliseo bufo, y por cierto que la compañía que debutó anoche promete eclipsar los triunfos obtenidos por la Sr. Arderius en anteriores temporadas.

Nada faltaba para que el espectáculo fuera completo. De antemano se habían repartido las invitaciones á todos los funcionarios públicos, desde el hinchado y pretencioso subsecretario hasta el modesto meritorio sin sueldo. Los candelabros que iluminaban el anchuroso local proyectaban su luz sobre dos decenas de sillones de Victoria colocados en el proscenio, dejando al mismo tiempo observar la satisfacción que rebotaban mil rostros acompañados de sus correspondientes individuos, en quienes la *admiración* imprimía rasgos de fervido entusiasmo.

En otro lugar verán nuestros lectores la reseña de esta célebre reunión.

## PERIÓDICOS DE LA NOCHE.

*La Epoca*, discurriendo sobre el resultado probable de la lucha entre los partidos coaligados y los fusionados, cree que si los primeros han perdido un tiempo precioso para ponerse de acuerdo, los segundos no han sabido aprovecharlo por la divergencia que aun reina entre los elementos que constituyen la fusión.

La coalición por lo menos ha de traer al futuro Congreso un número de diputados igual al que en el anterior tenían las oposiciones, suficiente para derribar al ministerio, impotente para constituir Gobierno.

El sistema permanente de las coaliciones hace imposible el ejercicio del régimen representativo, y pone á D. Amadeo en la disyuntiva de lanzarse á una política de fuerza ó ver impasible la ruina del país.

Apesar de esto y de reconocer que la situación es gravísima, y que la crisis suprema se acerca, *La Epoca* no teme que la institución monárquica corra peligro de desaparecer.

«Pero es preciso que los monárquicos de veras, que los buenos españoles amantes de la independencia y dignidad de la patria, que las clases similares á aquella institución, unidas con las populares, que solo por ella podrán emanciparse del yugo del feudalismo del partido y de la explotación de los aventureros y avaros, no están desprevénidos. Es verdad, gran verdad, que la crisis se acerca, que se aproximan momentos de perturbación y de peligro.

Si las clases conservadoras quieren evitar una nueva sorpresa, un nuevo y terrible período de lucha con el imposible, con lo arbitrario y lo absurdo, necesitan obrar, no permanecer cruzadas de brazos en expectación de los sucesos. Dos caminos se les ofrecen. El uno es prestar resueltamente su cooperación al divorcio entre la revolución y la monarquía que se anuncia próximo, y que en realidad parece inevitable.

Y si para esto pareciese tarde, si esta cooperación suscitase legítimos escrúpulos y vivas repugnancias, deberán volver los ojos á la solución que salva y fortifica la institución monárquica, no para la revolución, sino para que esta cese, juntamente con sus consecuencias. Todo, menos otro período de negociaciones, dudas y arbitrariedades, como el que poco á poco va reduciendo á España á la condición pasiva de un pueblo asistido siempre preparado y dispuesto á sufrir la conquista extranjera ó el imperio autocrático de un guerrero de fortuna.

*El Diario Español*, después del horrible frío que dejaba ver en su número anterior, entra en reacción y se siente más aliviado del ataque de desconfianza que sufría sobre el éxito de las elecciones.

La intermitencia que el anciano *Diario* padece, se agrava cuando trae á su memoria la marcial figura del jefe Sagastino dando órdenes reservadas á sus gobernadores; pero cuando asiste á reuniones como las del Circo y oye las elocuentes palabras de los unionistas sin paladear la amarga quina de los desengaños, corre por su frente el copioso sudor del entusiasmo, siente deseos de besar la mano fecunda del monarca y se duerme tranquilo, limpio de calentura y curado de espanto.

Hemos preparado con este exordio á nuestros lectores para evitarles, si es posible, el mal rato que en sus almas sensibles han de producir las palabras de *El Diario Español*. A nosotros nos ha enternecido; casi nos ha hecho llorar.

¡Pañuelo en mano y... á leer!

«Si los enemigos del Gobierno ó de la dinastía que todos los días y en todos los tonos repiten que la opinión pública se aparta de la situación hubieran asistido á la reunión de anoche, se hubieran asombrado ciertamente y habrían sufrido un desengaño al ver el entusiasmo verdaderamente conmovedor con que aquella multitud compacta, animada al parecer por un solo pensamiento y una sola aspiración, acogía las elocuentes frases con que los oradores que hicieron uso de la palabra proclamaban su profundo respeto á todo lo existente, su vivo interés por defender las instituciones todas y el afectuoso acatamiento que les merecía la augusta persona que simboliza la institución monárquica amparada y sostenida por las sabias instituciones del régimen representativo-constitucional y en íntimo consorcio con todas ellas.

*La Política* no participa todavía de la confianza que muestra su compañero *El Diario Español*. Sigue escamada porque no le satisface del todo, ni puede satisfacerle, que los progresistas cedan á los unionistas los disritos en que les sea humanamente imposible el triunfo.

*Consumatum est* pone por epígrafe al artículo editorial que dedica á participar á sus lectores las bases de la coalición.

Juzga que debe aspirarse, no sólo á vencer á esta, sino á conjurar la tormenta que asoma más allá de las urnas, según la expresión de *El Universal*.

A este propósito dice:

«Tan convencido está *El Universal* de esta verdad, que no le importa el éxito de la lucha electoral, porque, á su juicio, el triunfo no está en las urnas, indicando así que, si sucumbe, la coalición se reserva apelar á otros medios para pasar como huracán furioso por encima de todo. Ya lo presumimos; pero entonces ¿con qué derecho los radicales afectan extrañar y se escandalizan de que el Gobierno así amenazado, en visperas de sufrir tan rudo ataque, esté en guardia y se aperceba á combatir? No es justo este reproche, y si alguno merece, no es ciertamente por lo que hace, sino más bien por lo que deja de hacer.

También *El Debate* y *El Argos* empuñan la trompa épica para cantar las glorias de los comediantes del antiguo hipódromo.

Todos los que allí hablaron oscurecieron la memoria de Cicerón, y hubo algunos que estaban allí como en su casa, que conservaron su carácter de representantes de faras y que continuaron en la misma situación que fuera del Circo, es decir, entre bastidores.

Menos parco de elogios *El Argos* que *El Debate*, concluye su reseña tan *exaltado*, esto es, tan conservador, que arroja el guante á su mortal enemiga, la coalición, en estos términos:

«Quizás el partido constitucional está llamado á realizar un acto trascendental, al de retener dentro de la legalidad á los que hoy son arrastrados fuera de su campo por la animosidad y el despecho.

Para este día quedan aplazados nuestros adversarios, porque creemos que nuestra templa ha de vencer sus rencores, porque creemos que alguna vez han de hacer justicia á los hombres que les abrieron las puertas de la patria, y les devolvieron sus derechos y sus perdidas libertades. En el ínterin, el partido conservador de la revolución, el partido constitucional, como le llaman muy oportunamente nuestros apreciables colegas *La Prensa* y *El Puente de Alcolea*, no tiene por qué inquietarse de las coaliciones que se le tienden, sino avanzar por la senda que ha emprendido, y mientras no haya necesidad de apelar á remedios extremos, oponer á la rebeldía pasiva manifestaciones tan importantes como la del teatro del Circo en la noche del 8 de Marzo.

*El Tiempo*, examinando lo que cada partido de los coaligados representa, deduce y pone á la vista del país el valor moral de la coalición.

Hecha la resta de los elementos más poderosos, que le son hostiles, saca estas deducciones lógicas: «¿Qué queda enfrente de ella?»

Ahi lo tenéis: el Gobierno.

Dos fracciones disidentes de los antiguos partidos, la union liberal y el progresista, compuestas de medianías, que en su desmedida ambición no han vacilado en suponerse fusionados y compactos para alcanzar el poder.

Sagasta los preside.

Sin embargo, el Gobierno se llama conservador; y solo en este concepto ha merecido la confianza de la Corona.

Esta pues, debe saber las fuerzas con que cuentan el Gobierno y las oposiciones que le resisten.

El país porque lo sabe, está asombrado: y un grito sordo, de que toda la prensa se ha hecho eco, resuena por todas partes.

El Gobierno de Sagasta es el apoyo y sostén de la monarquía democrática.

Contra ese Gobierno está el país, representado por los cuatro partidos más grandes y poderosos que existen en España.

La lucha, pues, parece entablarse entre el elemento oficial y el elemento nacional.

La nación reivindicada para sí el lema que Ruiz Zorrilla escribió en su bandera de coalición.

Ante fuerzas tan desiguales, un temor natural se apodera de todos los partidarios del actual orden de cosas.

Las naciones extranjeras, apercibidas del peligro, tratan de retirarlo dándole publicidad en sus periódicos; y aconsejando, como remedio, lo que como hecho, inevitable se da por todos los españoles.

D. Amadeo está con Sagasta y los fronterizos.

Ruiz Zorrilla y el partido radical, que trajeron á España á D. Amadeo, se hallan unidos con todos los partidos antidinásticos del país.

Las consecuencias de este antagonismo no han de tardar mucho en darse á conocer.

MANIFIESTO ELECTORAL DEL PARTIDO CARLISTA.

Habiendo dado á conocer los manifiestos del partido radical y de los ministeriales, insertamos también á continuación el que el partido carlista dirige á sus correligionarios.

El duque de Madrid ha examinado detenidamente, qué actitud conviene más al partido carlista en la próxima lucha electoral, y con maduro consejo, oído el parecer de muchos, mirando al principal interés de todos, ha resultado que el partido carlista acuda á las urnas con decisión y energía, y procure con empeño la derrota del Gobierno, y á toda costa envíe á la futura Asamblea una representación numerosa, decidida y compacta, de las ideas, los sentimientos y deseos del verdadero pueblo español.

Sabe el duque de Madrid que el triunfo de la justicia y de la libertad cristiana, no está guardado en el fondo de las urnas electorales; sabe el duque de Madrid que estas lamentables luchas, como el febril, incesante afán de la prensa periódica, como todos los medios de destrucción con tan buena suerte empleados por el liberalismo, inspiran profunda aversión al gran partido nacional; sabe, en fin, y con todo su corazón lo aprueba y aplaude, que los hombres de espíritu varonil y ánimo levantado, antes quieren arriesgar heroicamente la vida y refrescar con su propia sangre los laureles de Herrera y las Peñas de San Fausto, que bajarse á desbaratar y romper torpes amaños y miserables intrigas con que los gobiernos libe ales procuran prolongar algunas horas su insufrable tiranía, haciendo más odioso, y convirtiendo en mentidas faras, ó ridículas ó sangrientas, las luchas electorales.

Perone se puede levantar un edificio sin remover los obstáculos y disponer el terreno: ni se ganan las grandes batallas con disparar el fusil y poner mecha al cañón; sino siguiendo la voz del general que estudia el campo, espía al enemigo y combina las maniobras que hacen los tiras certeros y aseguran la victoria. Y el duque de Madrid, pesándolo todo, conociendo todo, nos manda ir á las urnas. A las urnas, pues: á luchar, con decisión; y si es posible, á vencer.

Retraerse, como sistema y en absoluto, es rendirse es someterse, es morir.—Retraerse de la lucha legal ahora, cuando todas las fuerzas, todos los rencores y todos los desengaños se aprestan á batallar contra el primer obstáculo que hay en nuestro camino, sería desaprovechar neciamente lo ganado; sería devolver con creces al enemigo las ventajas con que su ceguedad nos

favorece cada día; sería torpeza insigne, desatinado consejo de miedo pueril ó de egoísta independencia.

Nuestro enemigo triunfante se empeña en aumentar nuestras fuerzas, quiere facilitarnos ocasiones propicias y prepararnos el campo para vencerle: ¿jamos de despreciar tan útil, tan inesperado auxilio? Si la evidencia no lo mostrase, la temerosa impaciencia con que los parciales del gobierno aguardan nuestra resolución, señalaría al partido carlista seguro derrotero. Nuestros esfuerzos de ayer han creado la situación insostenible de hoy; nuestros esfuerzos de hoy precipitarán los sucesos y dispondrán á maravilla el terreno para alcanzar en breve, con la ayuda de Dios, el triunfo definitivo.

Solo Dios forma y constituye los pueblos á través de los siglos con amorosa y sabia providencia; solo Dios puede hacer constituciones, y dar libertad y dicha á los pueblos que las acatan y las cumplen: hay que acabar de una vez, y para siempre, con la tiranía insostenible de los partidos que cada año quieren constituir las naciones desquiciadas en moldes asfixiantes donde la fe y el patriotismo, las tradiciones, las glorias, la paz y la libertad de los pueblos se ahogan y mueren quebrantados y deshechos.

En la Iglesia de Dios brilla sin sombras la Verdad eterna, á cuya luz viven en paz y justicia los imperios: hay que hundir en el polvo donde se engendrò la soberbia locura de los que quieren derribar la Cruz de Cristo al nivel de los ídolos, y erigiéndose en providencia satánica de hombres y naciones, dictan derechos naturales al individuo, mudan á su antojo los fundamentos de las sociedades, ponen en lugar de Dios la voluntad del mas fuerte ó de los mas, y vuelven á asentar el mundo en tinieblas de muerte.

El amor de la familia, la santidad del hogar, la honra de los hombres vienen del cielo, y solo en manos de Dios tienen vida propia y segura; hay que domar y quebrantar el insolente orgullo que pretende arrancar de brazos de Dios la santidad de la familia y la honra de los hombres, y lanzarlos al inquieto vaivén de mudables mayorías; que legitima á los hijos del crimen, y niega todo derecho y marca con nota de infamia á los hijos de la virtud.

No mas hablar de derechos ni á los pueblos ni á los reyes, para hacer de los reyes Césares y convenir á los pueblos en turbas de rebeldes: ya es hora de que vuelva á sonar triunfante en el mundo la voz humilde que solo enseña caridad y deberes, y convierte á los pueblos en familias de hermanos; y hace de los reyes padres de los pueblos. No mas altares al demonio; no mas despotismo disfrazado de libertad; no mas estrafalanas ingerencias: es hora ya de dar á Dios lo que es suyo; de reconstituir la patria de Recaredo y Felipe II; de que la autoridad represente y simbolice la fe de los católicos y el amor y las tradiciones de los españoles: es hora ya de que en España toda de Cádiz al Pirineo, y mas allá de los mares, ondee sola y triunfante la bandera de Dios, de España y del rey.

Para hacerse dignos del encargo que Dios les ha confiado, los españoles que siguen la santa bandera española tienen que vencer primero las justas iras del cielo, irritadas por la impiedad de unos, por la indolencia de muchos, por los pecados de todos; mas los cristianos sabemos que Dios se deja vencer con lágrimas y oraciones.

Para ser más fuertes que los enemigos que de todos lados nos cercan y amenazan con las armas del poder, son necesarios abnegación sin límites, heroicos sacrificios, unidad y obediencia inquebrantables: mas los carlistas sabemos que la obediencia obliga siempre; que en los momentos supremos también el heroísmo es obligatorio, y para el partido carlista, más que obligación son ya costumbre el heroísmo y la obediencia. Pero eso ha sido inmortal; por eso será invencible. Ahora sobre todo que por providencia de Dios, es regido por la voz y animado con el ejemplo de aquel Príncipe cristiano que primero humilló la frente ante las decisiones de la Iglesia, que jamás dobló la rodilla ante la soberbia de los tiempos, ni transigió en un ápice con la corriente asoladora; que antes quiso perder la realza, que antes perderá la vida que sejer un girón de su bandera.

Ahora, como siempre, el duque de Madrid llama y espera á los hombres de buena voluntad, vengan de donde vengan, que rindan fe y obediencia al Viceroy de Jesucristo; que guarden en su alma con amor inextinguible las gloriosas tradiciones de la patria; que admitan como única salvación y acaten, sin desconfianzas hipócritas, ni reservas acomodaticias, las verdaderas autoridades del rey.

El duque de Madrid ha hablado. Carlistas: ahora á las urnas; después, á donde Dios nos llame.

Madrid 8 de Marzo de 18



